¿Qué dice la biblia sobre LA VIDA ETERNA?

La vida con el Señor y la vida eterna

La vida con el Señor implica una recogida diaria, abrir la Biblia y el corazón para buscar la revelación y fortalecer la relación con Él, la cual crece cada día. La vida eterna se describe en el Evangelio de Juan, capítulo 17, donde Jesús habla con el Padre y explica que la vida eterna es conocer al único Dios verdadero y a Jesucristo, a quien Él envió. La vida eterna no es un premio por seguir a Jesús, sino la intimidad que Dios nos ofrece al vivir en nosotros, siendo esta intimidad el propósito de nuestra existencia. La vida eterna tiene como motivo principal nuestra comunión con Dios por toda la eternidad, y no depende de nuestras acciones, sino de la gracia que Dios nos concede.

La vida eterna como intimidad con Dios

La vida eterna no se gana por esfuerzo humano, sino que consiste en la intimidad con Dios, siendo esta la única forma de darle verdadero sentido a la vida eterna. Esta intimidad nos permite contemplar y conocer a un Dios que nos ama y nos busca, siendo el mayor regalo que Dios nos ofrece. La vida eterna no se trata de una vida limitada por la carne, sino de una relación con Dios cimentada en la santidad que Él nos ofrece. Dios no nos quiere como objetos de exhibición, sino en comunión plena con Él. La vida eterna se sustenta en esta intimidad y nos permite construir nuestra existencia sumando aquello que nos beneficia. Sin esta intimidad, es difícil

valorar y disfrutar la vida eterna, porque es la máxima expresión del amor de Dios. Conocer a Dios implica que Él viva en nosotros y nos ofrece vida eterna por gracia.

El problema de no conocer a Dios personalmente

El mayor problema es no conocer a Dios como Él nos conoce a nosotros, lo que genera conflictos en la vida, como en el ejemplo de Job. La vida eterna es conocer a Dios y a Jesucristo, y la verdadera relación no depende del conocimiento de otros, sino de una intimidad personal. Personas que llevan vidas religiosas ejemplares pueden no conocer realmente a Dios, lo que afecta su vida espiritual. Jesús enseñó que el conocimiento de Dios va más allá de lo que se sabe, siendo necesaria la relación personal, como se ve en los discípulos que hicieron milagros pero carecían de intimidad con Él. La certeza de que Dios nos conoce se obtiene a través de la comunión personal y no del conocimiento de terceros. Incluso maestros de la Biblia como Nicodemo necesitan una relación personal con Jesús para entrar en el reino de los cielos. Conocer a Dios personalmente es distinto a conocerlo por referencias externas, siendo fundamental para la vida eterna.

Conocer a Dios como Señor y obedecerle

Conocer al Señor es un comienzo, pero es necesario conocerle más allá de su papel como salvador, ya que desea ser el Señor de nuestra vida. El ejemplo de Pedro muestra que no se puede negar la autoridad del Señor, quien guía nuestras acciones. Muchas personas reconocen a Jesús como salvador pero no como Señor, y la obediencia demuestra un conocimiento real de Dios. La obediencia es un acto de amor y no una obligación impuesta,

y refleja la vida de Dios actuando en nosotros. La experiencia de Dios provoca acciones y decisiones que permiten testificar de Él de manera auténtica. La vida de Dios en cada persona sustenta la manifestación de su vida y exige un conocimiento profundo y personal de Él.

La diferencia entre reflejo y asimilación en la fe

La perfección religiosa no garantiza conocer a Dios, como Nicodemo, cuya vida religiosa no aseguraba una relación personal. La manifestación de Dios en la vida se refleja en lo que otros perciben y en la experiencia cotidiana de cada día. La vida eterna va más allá del conocimiento intelectual y se centra en la experiencia personal de Dios, reflejada en la capacidad de testificar de Él. Conocer a Dios no debe ser solo un reflejo, sino una asimilación que permita una relación profunda y significativa.

La intimidad con Dios y el amor como prueba de conocerle

La vida eterna se define por la intimidad con Dios, alcanzable a través de una relación personal con Jesucristo. Esta intimidad se refleja en la capacidad de amar, ya que quien no ama no conoce a Dios. Amar incluye a todos, incluso a quienes resultan difíciles de amar, y es un amor sacrificial que proviene de Dios y no de nosotros mismos. El amor de Dios es la bandera de quienes le conocen, manifestándose hacia los demás sin esperar nada a cambio, incluso hacia aquellos rechazados o enemigos. El evangelio no permite opción para no amar, y vivir en Él implica reflejar ese amor en acciones cotidianas, demostrando que conocer a Dios se traduce en amar incluso a quienes nos desafían.

La obediencia como expresión de amor y relación con Dios

Quien dice conocer a Dios pero no guarda sus mandamientos es mentiroso; la obediencia refleja la relación personal con Él. La obediencia se convierte en un acto de amor y no en obligación, y mientras más profunda es la relación con Dios, más fluye naturalmente. Dios nos trata como hijos y no como siervos, y la obediencia surge del amor filial. La mentalidad de empleado o siervo debe transformarse, comprendiendo la gracia de Dios y la relación de intimidad que ofrece a sus hijos. La historia del hijo pródigo muestra la diferencia entre vivir como hijo o como empleado, y cómo la justicia propia puede impedir disfrutar la gracia de Dios.

La identidad en Cristo y la gracia de Dios

La identidad se encuentra en Cristo y no en pertenecer a una iglesia; estar en Cristo significa abrir la intimidad que Dios ofrece. Sin una revelación clara de esta vida en Cristo, muchas personas dependen de esfuerzo y desempeño para atraer bendición, pero la gracia de Dios no depende de ello, sino que permite cumplir su voluntad. La unión con Cristo es el inicio de la manifestación de la vida de Dios en nosotros, y el crecimiento personal evita conflictos y permite una vida espiritual fructífera.

La muerte y renovación espiritual como camino a la fructificación

La vida espiritual se compara con un grano de trigo: debe morir para producir fruto. Jesús dio su vida como ejemplo, y para fructificar, nuestra vida debe pasar por muerte y renovación. La verdadera vida espiritual se manifiesta en

fruto, y cualquier virtud superficial carece de valor si no refleja la vida de Dios en nosotros.

El amor de Dios como iniciativa y atracción hacia Él

Dios nos ama y nos busca, y es su amor el que nos atrae hacia Él. Sin su amor no le buscaríamos, pues nuestra naturaleza está perdida sin su gracia. Dios se acerca para mostrarnos su amor incondicional, permitiendo una relación personal y comunión íntima. Esta intimidad nos capacita para conocerlo y contemplar su propósito en la vida espiritual, siendo fundamental para la eternidad.

La intimidad con Dios y la lucha contra el pecado

Quien permanece en Dios no practica el pecado, ya que Cristo vive en él y le da poder para vencer. La gracia de Dios reduce la práctica del pecado diariamente, y la santidad es fruto de vivir en Cristo. El pecado es un proceso que se vence al permanecer en Él, y quien conoce a Dios y a Jesucristo puede vivir en la santidad que Él ofrece.

La obra redentora de Jesús y la Trinidad

Jesús consumó su obra en la cruz, consciente de que era el paso final de su misión. Su venida redentora permitió que la humanidad regresara a la gloria de Dios. La Trinidad, compuesta por Padre, Hijo y Espíritu Santo, actuó unida para salvar a la humanidad, sin conflictos internos, y la muerte de Jesús fue el medio para la redención de los pecadores.

La vida eterna como relación redimida con Dios

La vida eterna implica conocer al Dios verdadero y a Jesucristo, manteniendo una relación íntima con Él. Tras la resurrección de Jesús, la vida eterna se experimenta por la gracia, siendo Dios y la persona protagonistas de esta relación. La eternidad fue diseñada para la humanidad, y Dios no concibe la vida eterna sin su creación. La sangre de Cristo redime y permite que el viejo hombre quede atrás, manifestando la vida de Dios en nosotros.

La gloria de Dios y la invitación a depender del Señor

La gloria de Dios se manifiesta en los cielos y Jesús nos invita a la eternidad con propósito, siendo atraídos, amados y perdonados por Él. Dios nos llama a depender de Él en la vida, no de nuestras fuerzas, y nos invita a orar y tomar la santa cena para reconocer su obra y gracia en nuestras vidas.

El Espíritu Santo y la oración final

El Espíritu Santo revela la voluntad de Dios en nuestra vida, y la mente humana limitada solo comprende lo que Él muestra. Se agradece a Dios por revelarse con sencillez y amor, y se busca comprender su voluntad para testificar desde la intimidad con Él. La vida debe entenderse como un altar donde se manifieste la presencia de Dios, disfrutando su amor y gracia infinita, y recibiendo fuerza para cumplir su voluntad cada día.